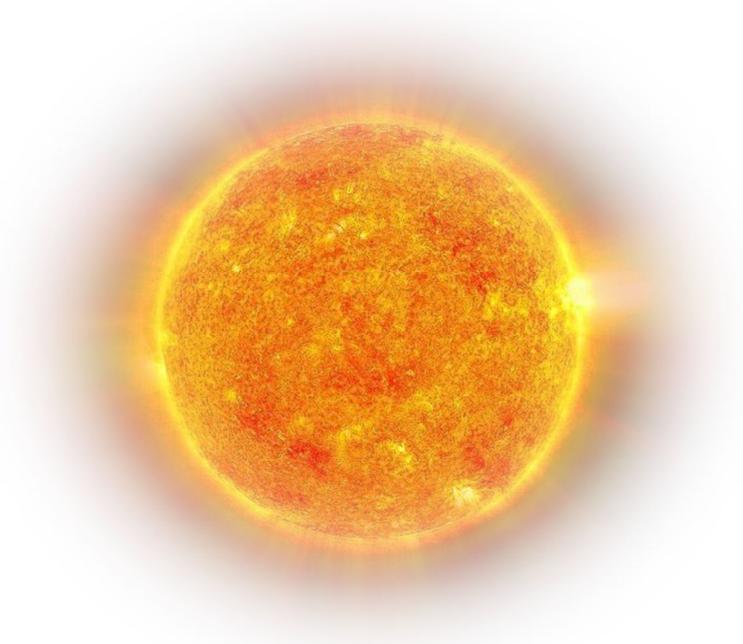


Rey de los santos

poesía



Marcos David

HESIODO

Buenos Aires

Títulos

~ Nacimiento	. 4
~ Del nuevo tiempo	. 7
~ Los magos de Oriente	. 8
~ La serpiente	. 9
~ El ímpetu	. 10
~ (No hay nada...)	. 12
~ Oración	. 13
~ La belleza	. 14
~ Hijo	. 16
~ Grandes maravillas	. 18
~ Maestro	. 20
~ Hija de la luz	. 22

Nacimiento

Dijo el niño profeta:
No hay en este lugar
una sola persona
que no haya sido instruida,
elegida y amada
por Dios
desde aun antes que la Tierra fuese.

Lo que somos en verdad verdadera
no es el nombre,
no es el cuerpo, no son las ideas.
No es siquiera nuestra memoria.

Somos un alma eterna
—de Dios vino y a Dios irá.
Porque el rostro y la mirada
pasarán como viento y arroyo,
de ellos nada será.

Somos la vida profunda
que no se vende ni se compra,
somos imagen de Dios.

Ay de aquellos que no ven,
ay de aquellos que duermen,
ay de aquellos que viven
en el fondo de la cueva,
en densa tiniebla.

Comen y beben,
crían hijos y recorren el mundo.
Cantan, sonrén y bailan,
gimotean y lloran.

Ay de aquellos que no piensan,
que no saben que el vino enloquece,
que las glorias y las honras del hombre
son como la hoja que pronto
se seca y se cae,
y es llevada por el aire y polvo será.

No han buscado a su fuente,
quien puso en ellos la vida y su poder.
No han dado su tiempo a entender,
para hallar el sentido y la meta,
para oír el consejo de su Dios.

¿No sabe acaso el hombre,

harto de ilusión y tontera,
que al partir finalmente de la Tierra
se verá cara a cara con Él?
¿No sabe acaso, pobre y dormido,
que el Dios que lo llamó,
que con designios eternos lo hizo nacer,
pedirá cuentas por cada hora y aliento,
que no atenderá más razones
que aquellas que orientan Sus obras
—razón de justicia fijada en Su ley?

Pobre del hombre,
miserable y confuso.
¿Quién le enseñará?
¿Quién dará al hombre luz para que vea?
¿Quién lo guiará en la ley de los siglos?
¿Quién lo salvará?

Aquella vez en Belén,
nación de Israel,
bajo el intenso fulgor de las estrellas,
entre bueyes y paja,
sin más gloria que su alma,
nacía el varón escogido por Dios,
lleno de ciencia y verdad,
de quien era el imperio sobre todas las cosas.
Quien quiso ser igual a nosotros.
Fue probado con hierro y agonías,
pero nunca cedió,
nunca vendió su herencia.
Frustró los engaños del mundo.
Justo, bueno, puro como nadie antes de él.
Único digno verdaderamente
de pararse ante Dios sin temor.
Quien honró Su ley como nadie.
Perfecto.
Dijo al Padre «Yo por ellos,
sus vidas por la mía,
mi bendición por su maldición,
sobre mí la ira del pecado,
sobre mí el azote y la espada,
las burlas de Satanás.
Sea mi carne quebrada,
mi sangre en la cruz.
Lo rindo todo, Padre,
por estos pequeños que no saben.
Sea a ellos tu salvación».

Y Dios oyó su oración,
y fue su vida ofrenda preciosa.
Y tan perfecta fue su obra

que no lo contuvo la muerte.
Surcó en poder toda la densa tiniebla,
rompió los montes y las arenas.
El Cristo resucitó.

Quiso Dios honrarlo hasta lo sumo;
le dio nombre y majestad infinita.
Y dijo Dios que por aquel excelso varón,
Jesús nacido en Belén,
todo hombre sobre la Tierra,
rico, pobre, débil o fuerte,
si en él pusiere su fe,
confesare con su boca
y creyere en su corazón
que Jesucristo es el Señor,
no morirá.
Tendrá vida que es la vida eterna.

Del nuevo tiempo

Oyó mi inquietud el niño profeta:
cómo yo temblaba al acabar el año
por ver en mis obras poca sustancia,
y tener cerca de mí gentes inmensas,
no ser yo más que su sombra,
tanto desear y frustrarme,
ignorar cuál sea el origen de mi mal,
si podré librarme.

El niño profeta esperó.
Luego de todas mis palabras cerró sus ojos,
alzó los brazos y dijo:
«Amo de los tiempos,
quien afirma los astros,
y ha ordenado en su Libro
toda entrada y salida,
cada paso,
veas a este hombre pequeño,
que anda ciego y vanamente
mas arde su alma».

Luego abrió sus ojos,
y del santo evangelio citó:
«Salva tu vida y perderás.
Quien pierda su vida en mi causa,
tal la hallará».

Los magos de Oriente

Esos hombres
no duermen tanto como nosotros.
Evitan manjares y aun más pan que el debido.
Celan cada palabra,
temen de su propia ignorancia:
saben esos hombres que no saben.

Han sufrido.
Sus hermanos y padres los rechazan.
Andan solitarios y llenos de pesar.
Quieren danzar y no pueden,
el vino es agrio en sus bocas,
fatiga las fiestas de la ciudad.

Luchan a veces con sueños,
con voces poderosas.
Ruge en ellos la noche.
Y aunque han dado su alma a entender,
y asido grandes misterios;
aunque han estado cerca
de oráculos y dioses,
y adquirido gracias como pocos en la Tierra,
nada en ellos sacia la sed.

Han jurado esos hombres
rendir si es necesario
cada gota de su sangre,
surcar los abismos,
si acaso pudieran hallar
el origen de todas las cosas,
y aquella luz refulgente
de la cual han oído,
y aquella gran inteligencia
que supiera darles respuesta
a su angustia,
a sus sueños profundos:
el agua eterna que pide su sed.

«¡Vean, amigos!
¿No está quemando el corazón?
¡Lleven sus ojos a lo alto!
¿No es aquella estrella
gloriosa en occidente
la señal de la vida?
¿No ha estado ella en todas las visiones?
De ella han hablado los sabios,
y ahora surge ante nosotros.
¡Canto y alegría, mis amigos,

ha nacido hoy nuestra esperanza!»

La serpiente

¿No escuchaste mis palabras todavía?
¿No te han contado acaso
tus padres, tus maestros,
cuántas son mis maravillas,
cuán grandes son mis favores?
Yo conozco que te duele hondamente
verte débil, ínfimo, ignorado por todos,
luchar hasta la sangre,
caer, desmayarte bajo el sol,
gastar la fuerza de tu juventud mientras que otros,
necios, perezosos, insignificantes,
ni trabajan ni lloran
y viven en todos sus deseos,
viajan y compran cuanto quieren sin temor.
Siempre son otros los que ríen
y su risa puede durar más que unas horas,
otros son los que gobiernan,
los que dicen y es, los que miran
y el mundo se rinde a sus miradas.
¿No te han dicho nada de mí?
Ay, valioso amigo,
si vieras los tesoros que tengo para vos;
un solo chasquear de mis dedos
y el mar se abriría,
ardería en tus carnes el amor,
te haría fuerte como la osa,
nadie te enfrentaría.
Pondría tu nombre en las alturas,
no te asustes,
verán tu rostro y gozarán,
llenarán de aplausos tu alma,
sabrán saciar tus más recónditos deleites
y no habrá deuda con ellos,
no pedirán cosa alguna,
serás su estrella y su dios.

Vení,
sentate conmigo,
atendamos juntos el correr de los días.
Será alegre,
no podrás estar con alguien mejor.
Dame tus años,
dame tu pluma y la potencia de tu canto,
dame tus versos y tu arpa,
dame tus sueños y no temas.
Doy mi poder a tus manos,
amigo tan valioso,
rey soberano, emperador,

hijo del trueno.
Pido tu vida solamente.

El ímpetu

Pruébenme en esto:

Digan a la montaña que me adore.

Digan al pino y el sauce.

Digan a las piedras en la playa.

Digan a la espuma y la ola.

Digan al trueno.

Digan a la lluvia misma.

Digan a la tierra humedecida.

Digan a la hoja.

Digan a la flor y la espina.

Digan a la hormiga y la paloma.

Digan al perro.

Digan al pez.

Digan al más sutil organismo.

Digan al tiempo.

Digan al invierno y el sol.

Digan a cada planeta.

Ordenen a la vasta inmensidad.

Pidan a toda la creación que me adore,

y verán si acaso dudan,

si acaso duermen,

si acaso huyen sin entender.

Pero el tesoro de mis manos,

mi objeto más precioso,

a quien di dignidad como a ningún otro ser,

a quien hice a mi imagen,

y concedí libertad;

a quien más ofrecí y de quien más demandó,

al ser humano,

debo hablarle de mil maneras,

como a hijo lento y rebelde,

buscarlo como un perseguidor,

siendo yo su Dios,

el autor de su vida.

¿Hasta cuándo vacilará?

¿Hasta cuándo seguirá

preso en la trampa

de sus vanos argumentos?

Ya cansado estoy de esperar.

De inclinarme como siervo,

si no puede verme,

ni oírme,

porque ha querido estar lejos de mí.

No sabe que su hora llega,
cuando querré ver el fruto de su afán,
y escuchará mis razones sin poder evitarlas.
Le diré mi verdad y no callaré.
Mi sola palabra hace temblar los infiernos.
Nadie que se levante contra mí,
y pretenda desafiar mi corona,
tendrá la paz.

Bendito el manso.
Bendito el humilde.
Bendito el que mira su alma y no su vientre.
Bendito el que pone red en su boca.
Bendito el hombre prudente.
Bendito el que me busca.
Bendito el que pregunta para saber.
Bendito el que al oír obedece.
Bendito el que tiene hambre espiritual.
Bendito el íntegro.

Mayor que mi ira es mi amor,
y en mi justicia hay abundante misericordia.

A todos los sedientos:
Vengan a las aguas.
El que tiene sed
venga a mí y beba.
Porque agua de vida es mi palabra,
y fuente de luz mi verdad.

Todo el que me honra
y se inclina ante mí
recibirá salvación,
gozará,
y el mal no podrá con su alma.

No hay nada que pueda decirte.
He pedido a la belleza una forma,
a la verdad un sentido,
y han callado.
Pensé también que quizá
valdría darte un refrán,
alguna cita inspiradora.
No vi sin embargo al buscar
cosa útil y digna,
y callé.
Vi que el templo de la vida ha cerrado.
Y a nuestros ojos queda tan solo
escoria y vanidad.
Lloro amargamente.
No habrá sino falsa poesía,
porque al tiempo del bien
desechamos la luz,
fuimos piedra ante el amor.
Callaré,
tal vez un día
oiga volver la esperanza.